

Comunidad de Cristianos de Base de Gijón

Boletín núm. 78 - 8 de agosto de 2025

Un cristiano ante el caos del mundo: ¿Qué hacer?

Agosto de 2025. El mundo atraviesa una etapa convulsa que interpela profundamente a quienes se sienten llamados por el mensaje de Jesús de Nazaret. Las guerras en Ucrania y Gaza siguen causando miles de muertes y desplazamientos. En Ucrania, tras más de 1.250 días de conflicto, el presidente estadounidense Donald Trump ha lanzado un ultimátum a Rusia para que ponga fin a la guerra en menos de dos semanas. En Gaza, la ofensiva israelí ha dejado más de 58.000 muertos, y la ONU denuncia una hambruna que ya ha cobrado la vida de más de 150 personas.

A esto se suma una ofensiva económica global liderada por Trump, que ha impuesto aranceles de hasta el 41% a decenas de países. Esta política proteccionista ha desestabilizado el comercio internacional y amenaza con fragmentar el orden económico mundial. Europa, por ejemplo, enfrenta una caída del crecimiento y una deuda pública que supera el 130% del PIB.

En el plano social, el capitalismo muestra su rostro más agresivo. En España, el problema de la vivienda se ha convertido en una crisis estructural. Los precios de alquiler han subido hasta un 80% en la última década, y el acceso a la propiedad se ha vuelto casi imposible para jóvenes y familias vulnerables. La sanidad pública y el sistema de pensiones también están bajo presión, mientras la extrema derecha gana terreno político en varios países, incluido el nuestro.

La migración masiva, forzada por la pobreza, la guerra y el cambio climático, ha intensificado el racismo y la xenofobia. Aunque los datos desmienten la relación entre migración y delincuencia, los delitos de odio por motivos racistas han aumentado un 41,8% en España. El nuevo Reglamento de Extranjería busca regularizar a cerca de 900.000 personas, pero la inclusión sigue siendo un reto.

El cambio climático, por su parte, ha dejado huellas devastadoras. Julio fue el tercer mes más cálido jamás registrado, y las olas de calor, inundaciones y tormentas extremas se han convertido en el “nuevo normal”. La Corte Internacional de Justicia ha advertido que los Estados que incumplen sus compromisos climáticos podrían enfrentar consecuencias legales.

En medio de este panorama, un cristiano se pregunta: ¿qué puede hacer? ¿Cómo responder al llamado de Jesús en un mundo que parece alejarse cada vez más del Reino que él anunciaba?

La respuesta no es fácil, pero sí urgente. El cristiano está llamado a ser sal y luz, no desde la comodidad del culto, sino desde el compromiso con la justicia, la paz y la dignidad humana. La Iglesia, como Asamblea de seguidores de Jesús, debe recuperar su vocación profética. No basta con rezar: hay que actuar. Defender a los migrantes, denunciar la injusticia económica, cuidar la creación, resistir al odio y construir comunidad.

Jesús no se refugió en el templo, sino que caminó con los pobres, sanó a los excluidos y confrontó a los poderosos. Hoy, sus seguidores están llamados a hacer lo mismo. En palabras del Papa León XIV, “con Cristo es posible” construir un mundo de fraternidad y diálogo. Pero ese mundo no se construye solo: necesita manos, corazones y voces que se atrevan a decir “sí” al Evangelio en medio del caos.



EN DEFENSA DE LA SANIDAD PÚBLICA

Por problemas cardiacos he pasado dos semanas ingresado en el hospital Infanta Sofía en San Sebastián de los Reyes. Aunque todo es mejorable, creo haber recibido la atención adecuada hasta que el equipo médico me dio el alta. Me despedí amablemente y volví a casa. Nadie me pidió ni un céntimo.

Muchas veces he pensado qué habría pasado si eso me ocurre en EE.UU. Allí no hay una sanidad pública como la española. Probablemente eso me hubiera supuesto la ruina. A no ser que hubiera estado pagando un seguro carísimo, y a ver si realmente me cubría todos los posibles gastos

Naturalmente un gobierno neoliberal –como es el de la Comunidad de Madrid—hará todo lo posible para ir privatizando poco a poco todos los servicios sanitarios que pueda, hasta convertir la sanidad en un negocio más.

Es nuestra tarea defender a capa y espada la Sanidad Pública. Es mucho lo que nos jugamos.

COMENTARIO

El breve pero contundente testimonio de Antonio Zugasti pone en evidencia uno de los grandes frentes de la lucha de clases en la actualidad: la defensa de los servicios públicos frente a la ofensiva privatizadora impulsada por las élites económicas. La anécdota personal que relata –un ingreso hospitalario en un centro público sin coste alguno– contrasta de forma radical con lo que

habría ocurrido en un sistema sanitario como el estadounidense, donde la salud es tratada como una mercancía y no como un derecho. Esta comparación resume, de forma elocuente, una lucha estructural: la del interés general frente a la lógica del beneficio.

Lo que está en juego no es solo la calidad o el acceso a los servicios sanitarios, sino el modelo mismo de sociedad que queremos. Durante la segunda mitad del siglo XX, en un contexto internacional marcado por la existencia de una alternativa socialista fuerte y expansiva, los estados capitalistas se vieron obligados a ofrecer a sus poblaciones ciertos niveles de bienestar y protección social. Esa “paz social” fue una concesión táctica, destinada a evitar que las clases trabajadoras se sintieran atraídas por el ejemplo del bloque soviético y otras experiencias socialistas. La sanidad pública, la educación gratuita, las pensiones dignas y el acceso a la vivienda no surgieron del altruismo de las élites, sino de una correlación de fuerzas que las obligaba a ceder terreno.

Sin embargo, con la caída de los principales referentes del socialismo real, esa presión disminuyó radicalmente. Desde entonces, asistimos a una ofensiva sistemática del capital para desmontar esas conquistas sociales. Lo que antes era considerado un derecho, hoy se redefine como un privilegio al alcance de quien pueda pagarlo. La sanidad, la educación o la vivienda son cada vez más tratadas como nichos de negocio. Los gobiernos de orientación neoliberal, como el de la Comunidad de Madrid, desempeñan un papel clave en esta estrategia: promueven la externalización de servicios, favorecen a empresas privadas con fondos públicos y socavan la calidad de lo público para justificar su progresiva desaparición.

Lo más preocupante es que amplias capas de la población que sufren directamente las consecuencias de esta deriva neoliberal no siempre reconocen el proceso en marcha. La hegemonía cultural de la derecha, amplificada por los grandes medios de comunicación, logra que muchas personas voten en contra de sus propios intereses de clase. La ignorancia inducida y la desinformación se convierten en herramientas fundamentales del sistema para perpetuar la dominación.

En este contexto, la tarea de concienciación es urgente. No basta con defender lo público de forma reactiva: hay que articular un discurso claro que desenmascare la propaganda reaccionaria, racista y xenófoba que pretende desviar la atención de los verdaderos responsables del malestar social. La lucha por la sanidad pública es solo una parte del combate más amplio por una sociedad justa, solidaria y verdaderamente democrática, donde el bienestar colectivo prime sobre los intereses del capital.



Defender la Sanidad Pública, Defender lo Común

La degradación progresiva de la sanidad pública en España no es un fenómeno fortuito ni resultado exclusivo de errores de gestión. Responde a una estrategia deliberada promovida por las políticas neoliberales, orientada a vaciar de contenido los derechos sociales para transformarlos en negocios privados. Esta lógica, que prioriza el beneficio económico sobre el interés general, ha impregnado las políticas públicas desde hace décadas y afecta directamente a la salud, uno de los pilares fundamentales del Estado social.

El artículo 25 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos (1948) reconoce el derecho de toda persona a “un nivel de vida adecuado que le asegure [...] la asistencia médica y los servicios sociales necesarios”.

La Constitución Española de 1978, en su artículo 43, establece que “se reconoce el derecho a la protección de la salud” y que “compete a los poderes públicos organizar y tutelar la salud pública a través de medidas preventivas y de las prestaciones y servicios necesarios”.

Asimismo, la Carta de Derechos Fundamentales de la Unión Europea (2000), en su artículo 35, proclama el derecho de toda persona “a acceder a la prevención sanitaria y a beneficiarse de la atención médica” dentro del respeto a las leyes nacionales.

Finalmente, la OMS establece como función esencial de los Estados garantizar el acceso equitativo a servicios sanitarios de calidad.

Todos estos marcos jurídicos consolidan la salud como un derecho humano universal, cuya garantía corresponde directamente al poder público, no al mercado.

Desde la década de 1990, el auge del neoliberalismo ha promovido un modelo económico donde la rentabilidad y la maximización de beneficios se antepone a los derechos ciudadanos. En este esquema, los servicios públicos —incluida la sanidad— son presentados como costosos, ineficientes o insostenibles, justificando así su privatización o su gestión mixta.

Esta privatización, lejos de mejorar la eficiencia, ha buscado principalmente abrir nuevos nichos de negocio para grandes corporaciones, fondos de inversión y aseguradoras. El caso de la sanidad es paradigmático: hospitales de gestión privada con financiación pública, externalización de servicios esenciales, y concesiones a grupos privados son prácticas cada vez más extendidas.

Gobierno de José María Aznar (1996-2004): se impulsa el modelo de colaboración público-privada, como el llamado “modelo Alzira” en la Comunidad Valenciana, y se favorece la externalización de servicios.

Reforma Constitucional de 2011 (artículo 135): pactada por el PSOE y el PP, consagra la prioridad absoluta del pago de la deuda pública sobre cualquier gasto social, debilitando la financiación de servicios esenciales como la sanidad.

Gobierno de Mariano Rajoy (2011-2018): se aprueba el Real Decreto-Ley 16/2012, que restringe el acceso a la sanidad para inmigrantes en situación irregular y reintroduce el copago farmacéutico, medidas claramente regresivas.

Privatizaciones autonómicas: En comunidades como Madrid, Valencia o Cataluña, se impulsan fórmulas de gestión privada y concesiones hospitalarias, fragmentando y debilitando el sistema.

Los recortes y la privatización encubierta han generado efectos medibles: Según datos del Ministerio de Sanidad (2023), más de 830.000 personas esperaban una intervención quirúrgica, con un tiempo medio de espera de 128 días, la cifra más alta registrada.

La precariedad laboral en el sector sanitario ha aumentado: contratos temporales, sobrecarga de trabajo y falta de recursos son ya una constante.

Las diferencias entre comunidades autónomas en acceso y calidad de la atención reflejan una sanidad a dos velocidades, donde la riqueza del territorio condiciona el derecho a la salud.

La crisis sanitaria global evidenció los efectos de años de desinversión. España enfrentó la pandemia del COVID-19 con plantillas recortadas, falta de medios y una capacidad hospitalaria muy por debajo de la media europea. La sanidad privada, lejos de asumir un papel activo, aprovechó la situación para aumentar sus beneficios gracias a derivaciones y contratos extraordinarios, mientras el sector público soportaba el grueso del esfuerzo asistencial.

La ciudadanía debe concienciarse sobre la gravedad de esta problemática para:

- Exigir la financiación adecuada del sistema sanitario público, con un incremento sostenido de la inversión pública hasta situarse al nivel de los países de la UE-15 (actualmente España está por debajo de la media europea).
- Derogar las leyes y decretos que favorecen la privatización, como el Real Decreto-Ley 16/2012.
- Reforzar la gestión pública directa de los servicios sanitarios, evitando modelos de colaboración público-privada que favorecen la opacidad y la corrupción.
- Recuperar y fortalecer la atención primaria, como pilar esencial de la sanidad pública y garante de la equidad en el acceso a la salud.
- Promover la participación ciudadana y la transparencia, exigiendo auditorías públicas y control democrático sobre las políticas sanitarias.
- Unificar criterios y sistemas de control entre las comunidades autónomas, para asegurar una cobertura sanitaria igualitaria y sin fragmentación.

En conclusión, la sanidad pública en España no está en crisis por azar ni por ineficiencia, sino por una ofensiva planificada de las políticas neoliberales que pretenden transformar un derecho humano en un negocio. La defensa de la sanidad pública es, por tanto, un compromiso esencial con la justicia social, la democracia y la dignidad humana. Solo una ciudadanía consciente y movilizada puede revertir este proceso y garantizar que la salud deje de ser un privilegio para volver a ser un derecho universal.



Redes Cristianas

COMUNICADO DE REDES CRISTIANAS: POR LA VERDAD, LA DIGNIDAD Y LA CONVIVENCIA

«Hay que deportar a más de ocho millones de inmigrantes, aunque muchos hayan nacido aquí, vivan aquí o tengan hijos españoles para sustituir a la población autóctona». (Vox)

Ante las palabras infames y profundamente deshumanizadoras que Vox ha vertido contra los inmigrantes —incluyendo la amenaza de expulsar a más de 8 millones de personas que viven, trabajan, estudian y han nacido en España—, los ciudadanos y ciudadanas de este país no podemos ni debemos permanecer en silencio.

Decir que los inmigrantes vienen a vivir de ayudas, que colapsan servicios, que amenazan nuestra identidad o seguridad, no solo es falso: es indecente.

La realidad —observable y medible— desmiente esta narrativa tóxica: los inmigrantes trabajan en condiciones más duras, más precarias, y en sectores donde la población autóctona ya no quiere o puede trabajar: en el campo, en la hostelería, en el cuidado de mayores, en el transporte, en la limpieza, en la sanidad. Sostienen nuestro sistema público con su esfuerzo y con sus cotizaciones.

Además, son ellos quienes están manteniendo viva la natalidad en un país envejecido y estancado demográficamente. Son padres y madres que trabajan y crían, que aportan a nuestras aulas, a nuestros barrios, a nuestro porvenir. Y aún con todo esto, siguen siendo blanco de mentiras y odio.

Por otra parte, Vox también “exige” a la diócesis de Almería que retire su muy interesante proyecto de dedicar su seminario, ahora cerrado, a acoger y apoyar inmigrantes. Una iniciativa promovida por el Servicio Jesuita a Inmigrantes y que comenzará a funcionar el próximo mes de septiembre, con el apoyo del obispado.

¿Dónde está la ética cristiana de quienes agitan estas ideas? El Evangelio, lejos de sembrar miedo, exige hospitalidad: «Fui extranjero y me acogisteis» (Mateo 25,35). El Papa Francisco ha sido claro: “Nadie es extranjero en la casa común”. Ha condenado el racismo, el rechazo al migrante, y ha recordado que cada ser humano tiene una dignidad inalienable. Desde la perspectiva del Derecho Internacional, la protección de las personas migrantes no es un capricho: es una obligación. España ha firmado convenios que protegen sus derechos, que condenan la discriminación, que promueven la convivencia. Los derechos humanos no se negocian, no se votan, no se subordinan a encuestas ni a cálculos electorales.

¿Dónde están los obispos españoles que, con tanto ardor, defendían a Vox? ¿Por qué se callan? ¿Por qué no levantan su voz ante una clara ofensa a los más pobres y vulnerables? ¿Por qué se tolera la mentira organizada, financiada con dinero público? ¿Tenemos que seguir subvencionando a quienes mienten, dividen, insultan y socavan la democracia desde dentro? ¿Es que no hay límites, ni responsabilidad, ni decencia?

Deberían ser los obispos proféticamente valientes y alzar su voz para decir públicamente a todo el mundo que personas que rechacen a los inmigrantes no son cristianas, por mucho que quieran presumir de ello.

Exigimos a estos falsos políticos que se retracten. Que abandonen la manipulación como estrategia política. Porque en este país no sobra ningún ser humano honesto, trabajador y digno. Lo que sí sobra es el discurso del odio, el populismo que señala al débil para proteger al poderoso, la ideología del miedo y del desprecio.

Si alguien sobra en este país, es Vox y su filosofía de exclusión. Sobra su desprecio a los valores constitucionales, a la convivencia, a la verdad.

Este no es solo un clamor político: es un deber moral. La España que queremos no levanta muros ni propaga mentiras. La España que somos abraza, convive, defiende la justicia. No callaremos. Porque la dignidad humana está por encima de cualquier frontera o bandera. Y porque lo que está en juego no es solo el presente de los inmigrantes, sino el alma de nuestro país.

Desde Redes Cristianas gritamos: ¡Basta ya de odio! ¡Sí a la verdad, a la justicia y a la fraternidad!

Ante los denigrantes sucesos de Torre Pacheco: COMUNICADO URGENTE DE REDES CRISTIANAS EN DEFENSA DE LA DIGNIDAD HUMANA (15/07/2025)

Hace apenas unos días denunciábamos públicamente las declaraciones del partido VOX, que con total impunidad expresaba su intención de expulsar a ocho millones de inmigrantes. Aquellas palabras no eran solo retórica política: eran una amenaza abierta a la convivencia, a la legalidad y, sobre todo, a la dignidad humana.

Hoy, con profundo dolor y rabia, tenemos que denunciar no ya palabras, sino hechos. Los hechos ocurridos en Torre Pacheco no son un accidente, ni un incidente aislado. Son el resultado de un caldo de cultivo que se ha venido cocinando con discursos de odio, mentiras interesadas y políticas que deshumanizan.

Lo que ha pasado en Torre Pacheco ocurre dentro de un contexto internacional marcado por el auge de la xenofobia, el repliegue identitario, la criminalización

del pobre y del migrante. Y lo más grave: ocurre mientras las instituciones públicas miran hacia otro lado o actúan con tibieza. ¿Dónde están las medidas reales para frenar los discursos que incitan al odio? ¿Dónde está la responsabilidad de los gobiernos, de las autoridades, de la justicia?

A la vez que condenamos la violencia ejercida contra un vecino de Torre Pacheco, denunciemos también el papel que algunos medios de comunicación juegan en esta crisis: generan bulos, los propagan, los adornan con falsa objetividad. No informan: deforman. Alimentan el miedo, la desconfianza, la división. Y lo hacen con un claro sesgo político y económico.

No podemos callar. La sociedad civil debe alzar la voz con firmeza: ¡basta ya! Gritamos en favor de la persona humana, sin importar su color de piel, su nacionalidad, su religión o su estatus legal. La vida humana no puede tener categorías. La dignidad no se negocia.

Exigimos que la Iglesia, y todas las religiones, se pronuncien sin ambigüedades. No pueden ser cómplices pasivos del odio. No puede haber ningún texto sagrado, ninguna tradición espiritual, que se use para justificar el racismo, el desprecio, el abuso. Lo suyo es la defensa activa de la justicia, de la igualdad y de la fraternidad.

Desde el Evangelio, desde la fe que proclama al Dios de la vida, decimos claramente: no hay amor posible sin justicia. No hay justicia si no se reconocen y protegen todos los rostros, especialmente los más vulnerables. Jesús no expulsó más que a quienes mercadeaban con la religión: acogió, sanó, alimentó, caminó con quienes eran marginados por el sistema.

Hoy, como entonces, decimos: **la violencia no tiene justificación, el odio no tiene cabida, el racismo no tiene perdón.** Que nadie utilice la fe como escudo para el desprecio. Que nadie use la ley para perseguir al inocente.

Este es el tiempo de actuar. La dignidad humana nos llama.





La trampa del odio: inmigración, bulos y ultraderecha

La reciente oleada de violencia en Torre Pacheco, una localidad agrícola de Murcia con alta presencia de inmigrantes magrebíes, ha expuesto con crudeza las tensiones sociales que se están gestando en Europa. Un episodio concreto, la agresión a un anciano atribuida a jóvenes magrebíes, provocó una reacción desproporcionada y violenta. Aunque el vídeo que se hizo viral no correspondía al hecho y fue desmentido por el propio agredido, la versión inicial ya se había instalado en el ánimo colectivo, alimentando una peligrosa cacería de inmigrantes.

Este tipo de situaciones no es exclusivo de España. En distintos países, las tensiones sociales, sumadas a la crisis de los servicios públicos, han servido de caldo de cultivo para movimientos ultraderechistas que responsabilizan a los inmigrantes de los problemas sociales. En el Reino Unido, tras el referéndum del Brexit en 2016, los delitos de odio contra extranjeros aumentaron un 41%, dirigidos principalmente contra comunidades polacas, musulmanas y africanas. En los Países Bajos, partidos como el PVV de Geert Wilders han promovido campañas que asocian a los inmigrantes musulmanes con la delincuencia y el terrorismo, generando un clima hostil hacia las comunidades extranjeras. En Irlanda, los disturbios de Dublín en 2023 tras un ataque con arma blanca derivaron en actos violentos y saqueos con tintes xenófobos, alentados por grupos extremistas que culpaban a los migrantes del deterioro de la seguridad. En Italia, Matteo Salvini y la Liga Norte impulsaron políticas de cierre de puertos y discursos que responsabilizaban a los migrantes africanos del desempleo y la inseguridad, mientras se registraban agresiones racistas como el asesinato del senegalés Idy Diene en Florencia en 2018. En Estados Unidos, la retórica antiinmigrante impulsada durante la administración Trump se tradujo en un aumento de los ataques de odio, como el tiroteo de El Paso en 2019, donde un supremacista blanco asesinó a 23 personas afirmando querer detener la “invasión hispana”.

En todos estos países, la ultraderecha ha dirigido el descontento social hacia los inmigrantes, construyendo relatos que los culpan de problemas como el desempleo, la inseguridad o las dificultades para acceder a servicios básicos. En España, esta estrategia se ha visto reforzada por un discurso político cada vez más extremo y por medios que difunden bulos sin contrastar los hechos. Así, se han ido normalizando propuestas contrarias a los derechos humanos, como la “limpieza étnica”, que además de ser moralmente inaceptables, ignoran la realidad: pese a contar con más de nueve millones de personas extranjeras, España tiene una de las tasas de criminalidad más bajas de Europa.

El relato de la “invasión” se sostiene sobre estadísticas manipuladas y la tergiversación de los hechos. En este discurso, el inmigrante pobre es retratado como una amenaza, mientras que el rico, cuya presencia suele traducirse en beneficios económicos, permanece fuera del debate. Esta construcción política y mediática busca cohesionar a sectores descontentos apelando al miedo y al odio, provocando respuestas irracionales

ante fenómenos migratorios que, lejos de ser perjudiciales, resultan esenciales para sectores como la agricultura o los servicios.

La historia enseña que estas dinámicas ya condujeron hace un siglo al ascenso del fascismo en Europa. Para no repetir los mismos errores, es esencial formar ciudadanos críticos, informados y capaces de diferenciar entre hechos y manipulaciones, entre soluciones reales y consignas destructivas. La educación en valores democráticos y en el respeto a la diversidad cultural no es solo un asunto político: es un deber ético que nos compromete a todos como sociedad.

A lo largo del tiempo, las élites han utilizado el miedo y los prejuicios para manipular a las mayorías, recurriendo a estas estrategias en momentos de crisis para sembrar división. Así ocurrió en la Alemania de entreguerras, cuando el nazismo canalizó la frustración provocada por el desempleo, la inflación y la humillación tras la Primera Guerra Mundial hacia las minorías, en especial el pueblo judío. Hoy, ciertos grupos neofascistas replican el mismo esquema: en lugar de señalar las causas reales del malestar social —como los bajos salarios, la dificultad para acceder a la vivienda, el deterioro de los servicios públicos o el debilitamiento del Estado del bienestar— culpan a los inmigrantes, provocando enfrentamientos entre los propios sectores desfavorecidos. Esta táctica divide a los más vulnerables y desvía la atención de los verdaderos responsables: las élites económicas y políticas a las que, en realidad, estos grupos protegen. Su discurso, lejos de aportar soluciones, se basa en un nacionalismo excluyente y una xenofobia que alimenta la desconfianza y el rechazo. No es una reacción espontánea, sino una estrategia calculada para instaurar un sistema autoritario que se sostiene en el miedo y la división.

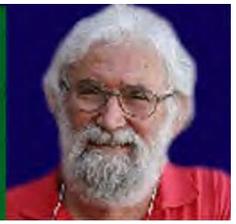
En la era digital, este proyecto encuentra nuevos medios de difusión en las redes sociales, que priorizan los mensajes virales y emocionales, favoreciendo la propagación de bulos. Estas narrativas, consumidas sobre todo por jóvenes sin suficientes herramientas críticas, minan los cimientos de la democracia y dificultan el acceso a una información veraz, restando a la ciudadanía su capacidad para comprender y transformar su realidad. Como en otros momentos históricos, el peligro no está solo en quienes promueven estos discursos, sino también en quienes los toleran sin cuestionarlos. Siempre que se permite que el odio se normalice, toda la sociedad acaba pagando el precio.

Preocupa la actitud de quienes dicen defender la “Europa cristiana” mientras rechazan a los inmigrantes, contradiciendo los valores del Evangelio, que llama a acoger al extranjero. Lamentablemente, algunos obispos e instituciones eclesiales simpatizan con la ultraderecha, olvidando que Jesús se identificó con el extranjero y el marginado, y que la verdadera defensa de la cultura cristiana consiste en vivir según sus enseñanzas. La credibilidad de quienes apelan a la “Europa cristiana” se desmorona cuando esa defensa se usa como pretexto para rechazar al inmigrante. Esa postura choca con el Evangelio, basado en la acogida, la compasión y la dignidad de toda persona, especialmente el extranjero y el marginado. La parábola del Buen Samaritano enseña que quien actúa según la voluntad de Dios no es el religioso sino el que practica la misericordia. “Fui extranjero y me acogisteis” recuerda que la hospitalidad no es sólo una opción moral, sino una exigencia espiritual. La Iglesia ha de alzar la voz cuando el odio se disfraza de patriotismo cristiano. Confundir el mensaje del Jesús con ideologías extremistas desacredita la fe y desvirtúa su testimonio. Usar al migrante como pretexto va en contra de la misión profética de la Iglesia. Defender la civilización cristiana no significa levantar muros, sino vivir los valores de Jesús: misericordia, verdad y justicia social. El Evangelio es una invitación universal a la fraternidad.



Importancia de la compasión en la situación actual

Leonardo Boff



En los días actuales estamos presenciando guerras en muchos países, especialmente en la Franja de Gaza donde se está produciendo uno de los mayores genocidios de la historia presente, en la guerra en Ucrania en la cual están muriendo especialmente muchos miles de jóvenes bajo el ataque imparable de Rusia, y así en otros lugares, en particular en África.

Cómo no indignarse contra el genocidio de miles de niños inocentes que no tienen nada que ver con la guerra que Israel lleva a cabo contra HAMAS, alcanzando indiscriminadamente a toda la población de la Franja de Gaza con el objetivo de exterminar especialmente a niños y jóvenes que en el futuro podrían estar en contra del Estado de Israel.

La ética para ser plenamente humana necesita incorporar la compasión. Hay mucho sufrimiento en la historia, demasiada sangre en nuestros caminos y una soledad interminable de millones y millones de personas, que cargan solas en su corazón la cruz de la injusticia, de la incomprensión y de la amargura. El ethos que se compadece quiere incluir a todos ellos en el “ethos” planetario, es decir, en la Casa Común en la cual hay acogida y las lágrimas pueden ser lloradas sin vergüenza o enjugadas cariñosamente. La compasión es la ética natural de los trabajadores de la salud, especialmente de aquellos que asumen el servicio de los cuidados paliativos, que ahora se ha aprobado realizar a través del Sistema Único de Salud (SUS). El movimiento nacional Premier Cuidados Paliativos, promovido por el generoso Dr. Samir Salman de São Paulo superintendente del Instituto Premier, involucra a cientos de médicos, médicas y personal de enfermería que han asumido la práctica de los cuidados paliativos.

Para Tomás de Aquino “la compasión es la más elevada de todas las virtudes porque no solamente abre a una persona hacia otra, sino también porque la abre hacia la más débil y más necesitada de ayuda. En este sentido constituye una característica esencial de la Divinidad” (S.Theologica II.q.30 a.4 c).

Pero primero conviene hacer una depuración del lenguaje pues en la comprensión común la compasión tiene connotaciones peyorativas. Tener compasión significa apiadarse del otro, porque se le considera desamparado, sin energía interior para erguirse. Supone la actitud de alguien que mira desde arriba hacia abajo, humillándolo.

En el cristianismo de los orígenes sin embargo, compasión era sinónimo de misericordia, esa actitud generosa que quiere compartir el padecimiento del otro y no dejarlo solo en su dolor. Eso no es hacer “caridad”, criticada por el poeta cantautor argentino Atahualpa Yupanqui: “desprecio la caridad por la vergüenza que encierra; soy como el león de la sierra, vivo y muero en soledad”. Por el contrario, los seres humanos por lo general suelen estar acompañados al final de sus vidas por personas queridas que los rodean de cuidados paliativos.

En el budismo la compasión se considera la virtud personal de Buda. Por eso es central y se conecta con la pregunta que dio origen al budismo como camino espiritual: “¿cuál es el mejor medio para liberarnos del sufrimiento?” La respuesta de Buda fue: “por la compasión, por la compasión infinita”.

El Dalai Lama actualiza esa respuesta de esta forma: “ayuda los demás siempre que puedas y si no puedes no los perjudiques, y ten siempre compasión”.

Dos virtudes realizan la compasión: el desapego y el cuidado. Por el desapego renunciamos a cualquier sentimiento de superioridad frente al otro y lo respetamos así como es. Por el cuidado nos aproximamos de él y velamos por su bienestar socorriéndolo en el sufrimiento.

La compasión tal vez sea la mayor contribución ética y espiritual que Oriente ha dado a la cultura mundial. Lo que hace que el sufrimiento sea penoso no es tanto el sufrimiento mismo sino el vivirlo en soledad. El budismo y también el cristianismo convocan a establecer una comunión en el sufrimiento para que nadie esté solo y desamparado en su dolor.

La gran vergüenza es constatar que los países europeos, de raíz cristiana, creadores de los derechos humanos y de la idea de democracia, apoyan la guerra genocida de Netanyahu contra HAMAS y el pueblo palestino.

Igual que el amor y el cuidado, la compasión tiene un campo de realización ilimitado. No se restringe solo a los seres humanos, sino a todos los seres vivos y al cosmos. El ideal budista y franciscano de compasión nos enseña cómo relacionarnos adecuadamente con la comunidad de vida: primero respetar a cada ser en su alteridad, después establecer un lazo de afecto con él, cuidarlo y especialmente regenerar a aquellos seres que sufren o están en peligro de extinción. Sólo entonces podemos beneficiarnos de sus dones, con justa medida y con responsabilidad, de acuerdo con lo que necesitamos para vivir de forma suficiente y decente.

Ante tantos padecimientos de la humanidad y agresiones sistemáticas a la Madre Tierra la compasión es un imperativo humanístico y ético.